

CARLOS BASSO

EL CEREBRO NAZI

UNA APROXIMACIÓN AL MAL

Índice

Introducción. El Ministerio del Amor	11
1. “Puedo recomendar encarecidamente la Gestapo a todo el mundo”	15
2. El mesías de Múnich	25
3. El espacio vital	45
4. El odio al marxismo	55
5. Los salvajes financistas del nazismo	63
6. Secuestro en Buenos Aires	87
7. Eichmann en Jerusalén	97
8. El jefe de Auschwitz	115
9. Los Camiones S	125
10. Formas humanas de matar	133
11. El tren de los niños	145
12. La lección de Göring	173
13. Supremacistas americanos	177
Agradecimientos	185

A la memoria de los niños de Izieu

Introducción

El Ministerio del Amor

*La guerra es la paz
La libertad es la esclavitud
La ignorancia es la fuerza*

GEORGE ORWELL, 1984.

De todas las falsas historias que circulan por las redes sociales y otras plataformas, quizá las más nocivas son las relativas a los nazis, pues niegan los hechos y exculpan a los autores no solo de varios genocidios (además del pueblo hebreo, intentaron arrasar con los letones, los gitanos, los polacos, los eslavos y los alemanes de ascendencia africana, a todos quienes calificaban como *untermeschen*, es decir, subhumanos), sino también por cómo lo hicieron. Entre todos los métodos de matanza colectiva que desarrollaron (lo que implicó una búsqueda de soluciones en medio de sádicas pruebas de ensayo y error) destacan gasear a las víctimas con Zyklon B, un pesticida a base de cianuro, que aplicaron por igual a judíos, enfermos mentales y discapacitados alemanes; matarlas con monóxido de carbono en los Camiones S creados por Walther Rauff, en los cuales los prisioneros eran asfixiados con el gas que produce el propio vehículo; o los brutales ataques en contra de los habitantes de un bosque polaco para que *herr* Göring pudiera criar allí uros, unos mamíferos similares a los toros extintos hace cuatrocientos años; o enviar trenes con niños a los campos de concentración para ser ejecutados por ser hijos de judíos, solo por mencionar algunas de las atrocidades cometidas por sujetos enfundados en uniformes fabricados en esos años por Hugo Boss, mientras otros burócratas autorizaban y comunicaban estos actos.

Aunque no pocos fanáticos ponen en tela de juicio la cantidad de judíos ejecutados en los campos de concentración (casi seis millones, según dijo Adolf Eichmann, ideólogo de la llamada “solución final” del Holocausto, en el juicio al que fue sometido en Jerusalén), dificulto que alguien dude hoy en día acerca del odio exacerbado hacia los judíos de parte de Adolf Hitler y de todos sus adláteres, así como de sus seguidores y adoradores en todo el mundo.

No obstante, vivimos en la era de la *nova lingua*, aquella que predijo George Orwell en 1984, por medio de la cual las palabras y las cosas pasaban a significar justamente lo opuesto de lo que siempre habían significado.

Recordemos que el protagonista del libro, Winston, trabajaba en el Ministerio de la Verdad, que en realidad no era otra cosa que un ministerio de propaganda, destinado a difundir mentiras o “hechos alternativos”, como comenzaron a llamar en Estados Unidos, en 2016, a las falsedades difundidas por Donald Trump en su primer gobierno.

Siempre ha habido mentirosos que causan desconcierto, especialmente entre los más jóvenes, utilizando la vieja y efectiva táctica que describe a la perfección el escritor español Javier Cercas en su libro *El impostor*: “Los buenos mentirosos no solo trafican con mentiras, sino también con verdades, y las grandes mentiras se fabrican con pequeñas verdades”¹.

A los manipuladores debemos añadir otra ralea de personajes que desperdiga falsedades como si fueran abejas polinizando los campos, aquellos descritos en 1999 por los psicólogos sociales estadounidenses David Dunning y Justin Kruger, quienes descubrieron un sesgo cognitivo que desde entonces se denomina “efecto Dunning-Kruger”.

En síntesis, este describe a aquellas personas carentes de habilidades cognitivas pero sobrantes de arrogancia y que, como efecto de esa pésima mezcla, no son capaces de darse cuenta de

1. Javier Cercas, *El impostor*, Penguin Random House, Barcelona, 2014, edición Kindle.

sus propias limitaciones y, por ende, creen que saben mucho sobre cualquier tema. Como ellos mismos lo mencionan en el *paper* académico que los hizo famosos: “Charles Darwin sagazmente notó más de un siglo atrás (1871) que la ignorancia produce confianza en uno mismo con más frecuencia que el conocimiento”².

A todo lo anterior se añade un problema muy actual: muchas veces resulta muy difícil saber si lo que estamos viendo en la pantalla del *smartphone* es real o no, lo que tiene un contexto muy complejo, que dice relación con los sesgos cognitivos y la vieja frase “dime lo que quiero escuchar”. Internet, las redes sociales y los *chatbots* son en gran medida un espejo de todo aquello: un sistema de reafirmación de prejuicios.

Hoy, eso tiene un nombre muy específico e ilustrativo: posverdad, aquella circunstancia en que —como la define el diccionario de Oxford— las emociones y las creencias personales son más importantes que los hechos objetivos.

Vivimos épocas complejas, en las cuales decir que los nazis eran socialistas, por ejemplo, busca hacer creer a las generaciones más jóvenes que la ultraderecha populista que hoy se despliega por distintos países insultando a sus oponentes, restringiendo derechos de minorías y amenazando a quienes considera sus enemigos, en realidad se opone al nacionalsocialismo, en circunstancias de que esa ultraderecha descende directamente del estado mental que subyace a lo que hoy conocemos como nazismo, una suerte de configuración cerebral gracias a la cual quien la padece no solo está convencido de que es superior a quienes son distintos a él, sino que el odio que ventila va más allá y por lo general termina decantando en golpizas, atentados, homicidios e incluso genocidios.

Por cierto, es necesario dejar en claro que ambos extremos del espectro político son igual de perniciosos y los dos han creado sus propias versiones del infierno en la tierra, gracias a

2. David Dunning y Justin Kruger, “Unskilled and unaware of It: how difficulties in recognizing one’s own incompetence lead to inflated self-assessments”, *Journal of personality and social psychology*, 1999, Vol. 77, n.º 6, p. 1121.

regímenes totalitarios que han segado millones de vidas, con motivaciones distintas.

Este libro se basa en documentos desclasificados, archivos judiciales y policiales, entrevistas, notas de prensa y una extensa bibliografía. Su fin es tratar de comprender quiénes fueron y cómo pensaban y piensan los nazis.

1

“Puedo recomendar encarecidamente la Gestapo a todo el mundo”

*No se puede confiar en la frase: “Esto aquí no puede pasar”.
En determinadas circunstancias,
puede pasar cualquier cosa en cualquier lugar.*

MARGARET ATWOOD

Sabemos a la perfección dónde y cómo se originó la versión alemana del nazismo. También cómo se enquistó y cómo ha pervivido en otros países, como Chile, Argentina o Estados Unidos, después del desastre causado por Adolf Hitler, porque también es necesario entender que esa configuración mental que a partir de 1920 comenzó a conocerse mundialmente como “nacionalsocialismo” existe en el mundo desde antes y, por supuesto, se extiende hasta el día de hoy, bajo diferentes formas, variaciones y nombres.

En Estados Unidos, por ejemplo, antecesores de los nazis se agruparon en una organización que era admirada por Adolf Hitler: el Ku Klux Klan, nacido en 1865, el cual dirigía su odio hacia los afroamericanos, principalmente. Los primeros chilenos dignos de ser motejados como “nazis” comenzaron a atacar a peruanos en el norte del país hacia 1910, bajo la forma de las Ligas Patrióticas que, en síntesis, actuaban con la misma violencia que el KKK y bajo la misma idea esencial: que ellos (los chilenos) pertenecían a una raza superior.

En el mismo sentido, quizá quienes aparecen como los más cercanos al nazismo en África son los hutus, responsables de un genocidio (en 1994) que costó la vida a un millón de tutsis, a quienes consideraban una raza inferior, y ello también permite ilustrar otro punto esencial: que habitualmente se entiende que

el nazismo es un fenómeno limitado a los años 1933-1945 y localizado en Alemania.

Sin embargo, temporalmente es mucho más amplio. Si quiéramos buscar un punto de inicio al fenómeno del nacionalsocialismo lo encontraríamos en Estados Unidos, en el año 1865, con el nacimiento del Klan.

En política, el primer partido que se denominó de ese modo (Partido Nacionalsocialista) nació en lo que hoy es la República Checa, en 1898, y el antecedente directo del partido nazi alemán fue el Partido Nacional Fascista italiano, fundado por Benito Mussolini en 1921.

Después de 1945 y hasta hoy en día, en prácticamente todos los países de América y Europa han nacido grupos y partidos inspirados en el nazismo, en lo que generalmente se conoce como “neonazismo”.

Ahora bien, para entender por qué se podría calificar a los hutus como sujetos que actuaron del mismo modo que los nazis es necesario tener en cuenta que la principal característica del nazismo es que es una doctrina racista, que recurre a teorías pseudocientíficas e ideas que deshumanizan al “enemigo”, para proponer que alguna etnia o grupo en particular es mejor que la otra, en función de lo cual la última debe ser exterminada o combatida.

Algunas de esas ideas, por ejemplo, proponían un origen particular, como los antiguos germanos, que creían ser descendientes de los habitantes del mítico continente de la Atlántida, una raza de superhombres superior a todas las demás.

Los neonazis chilenos, a su vez, creen que ellos son parte de una raza escogida, a la cual denominaron “araucano-gótico”, basados en las ideas escritas hace ciento veinticinco años por Nicolás Palacios en el libro *Raza chilena*. En él, el autor aseguraba que esta etnia supuestamente superior era producto del mestizaje entre los conquistadores “godos” (estaba convencido de que los españoles en realidad eran descendientes de los alemanes) y las mujeres mapuches. Al respecto, es necesario comentar que los

neonazis peruanos tienen su propia versión, en la cual reemplazan a los mapuches por los incas.

Por ende, da lo mismo si el escenario en que dichas ideas triunfan es Chile, Bosnia, Alemania, Bolivia, España o Ruanda, pues las víctimas pueden ser de cualquier grupo humano que se considere “inferior” por cualquier motivo: judíos y también palestinos, así como mapuches, selk’nam, chilenos, peruanos, homosexuales, haitianos, mujeres, tutsis, afroamericanos, inmigrantes mexicanos, los habitantes del pueblo del otro lado de la montaña, los de más acá, los de la frontera sur o los de la frontera norte.

Y da lo mismo, porque cuando el prejuicio se enquistaba no hay forma de extirparlo.

También pierde relevancia si el nazi de turno nació en Brauna, en Múnich, en Tulsa, en Santiago de Chile, en Kigali o en Tel Aviv, y no importa si tiene pelo rubio y ojos azules como Amon Göth, el protagonista de *La lista de Schindler*, si su nariz es aguileña y su piel cetrina o negra, o si es un “bastardo”, como los nazis alemanes denominaban genéricamente a todos aquellos que no podían probar que sus cuatro abuelos habían sido alemanes “puros”, es decir, no “contaminados” con sangre judía o de otras etnias.

Por lo anterior, lo que realmente importa al nazi y al neonazi de hoy es la creencia de que él pertenece a algún grupo humano superior a los demás, a un conjunto de individuos especiales, únicos, tocados por la vara de alguna divinidad que los escogió como redentores celestiales de sus pares, gracias a lo cual son acreedores de una carta blanca que les permite hostigar, agredir, secuestrar, quemar, gasear, desterrar, torturar, desmembrar, robar y asesinar a quienes ven como sus rivales, algo que excede por mucho el nacionalismo o patriotismo clásico y deviene en una emoción destructiva, que va mucho más allá del lógico amor, respeto o cariño que la mayoría de las personas sienten por la nación, ciudad o zona en la que nacieron, crecieron, o con la cual se identifican.